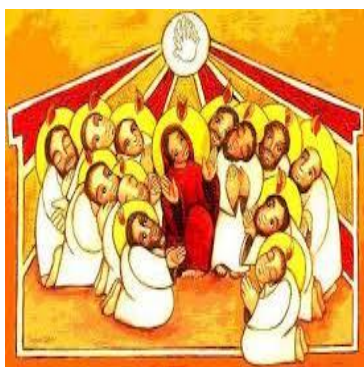


SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS, CICLO C

TODOS SE LLENARON DE ESPÍRITU SANTO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Hechos 1,1-11; I Corintios 12,3b-7.12-13; Juan 20,19-23



1. Celebrada con toda solemnidad la gran Fiesta de la Ascensión de Cristo a los cielos, con la misma solemnidad estamos celebrando hoy la igualmente la gran Fiesta de Pentecostés, es decir, la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, diez días después de subir Jesús al cielo, y cincuenta días después de haber resucitado. Con esta solemne Fiesta termina el tiempo Pascual, para dar paso, de nuevo, a la segunda parte del tiempo ordinario.

El Espíritu Santo es el mayor y mejor don que Jesús nos ha dejado. Es *Señor y dador de vida*, tal como confesamos en el credo. Es *Espíritu de la verdad*, que nos *guiará hasta la verdad plena*. La alegría y el gozo han de llenar en este día nuestros corazones, porque el Espíritu de Dios, tercera persona de la Santísima Trinidad, ha inundado la tierra y fecunda y fecundará a la Iglesia con la abundancia de sus dones en todo tiempo y lugar.

2. La tercera persona de la Trinidad Beatísima es llamada en el Evangelio de diversas maneras: *Espíritu*, *Espíritu Santo*, *Espíritu de la verdad*, *Espíritu santificador*, *Paráclito*... Podría llamársele también *Espíritu transformador*, por el cambio que operó en los apóstoles y por la conversión que, si le dejamos actuar, realiza en la Iglesia y en cada uno de sus miembros.

Hace unos años se escribía en cierta revista: *podemos pensar que aquellos hombres –se refería a los apóstoles- a los que el Resucitado enviaba por aquellos mundos de Dios... eran distintos a nosotros. Podemos pensar que todos sin excepción vestían el traje de la perfección. Podemos pensar que, al ser tan tocados y elegidos de Dios, no había ventana abierta para la duda, ni para la desesperanza, para el pecado o la deserción. Podemos pensar eso y llegar a equivocarnos con esa imagen idílica. Ciertamente nos equivocaríamos, si así pensáramos, porque los apóstoles eran como nosotros y, a pesar de la tarea de formación que Jesús llevó a cabo con ellos, cuando se despidió de ellos el día de la Ascensión, seguían siendo débiles e ignorantes.*

3. La fuerza transformadora del Espíritu Santo fue y sigue siendo extraordinaria. Prueba de ello es lo que hizo con los apóstoles. Antes de Pentecostés eran gente común, ignorante, débil y miedosa; después, se convirtieron en columnas de la Iglesia: hombres de Dios intrépidos, valientes, audaces, concedores de toda la verdad revelada, guiados por el Espíritu a la

verdad plena. Enamorados de su Maestro, fueron capaces de dar la vida por amor a su nombre. Y es que, como se dice en el primer libro de Samuel, el Espíritu del Señor te invadirá y quedarás cambiado en otro hombre. Hablando de esa transformación, San Cirilo de Alejandría, en el "Comentario sobre el Evangelio de San Juan", dice: en efecto, hace pasar fácilmente del gusto por las cosas terrenas al gusto por las cosas celestes, y de una débil timidez a una fuerza de ánimo llena de coraje y de gran generosidad.

El día de Pentecostés, el Espíritu tomó posesión del Colegio Apostólico y lo llenó de vida. Los que, hasta ese momento, habían permanecido callados empezaron a anunciar la Buena Noticia de Jesús, a pesar de las prohibiciones: *se llenaron todos del Espíritu y empezaron a hablar*, mostrando una fuerza admirable y misteriosa. Era la fuerza del Paráclito que, cual viento impetuoso, los lanzó a predicar el Evangelio a toda criatura, porque el Espíritu Santo es fuego y aliento, verdad y energía. Todo bautizado ha de ser apóstol con la fuerza de este mismo Espíritu.

4. En esta solemnidad, se celebra el Día del Apostolado Seglar. El Concilio Vaticano II enseña una total igualdad, en cuanto a dignidad y responsabilidad, entre todos los miembros de la Iglesia, sean clérigos, religiosos o seglares. Todos los bautizados, pues, somos corresponsables en la misión de la Iglesia y, en cuanto partícipes del único sacerdocio de Cristo por el bautismo, los laicos han de ejercer su sacerdocio común, distinto esencialmente del sacerdocio ministerial, anunciando el Evangelio, en la realidad que ellos viven, con la palabra y el testimonio de sus vidas; transformando las estructuras contrarias al Reino de Dios; y ordenando los asuntos temporales según los planes del Creador.

En línea con esta enseñanza, escribía Mons. Asenjo: *también vosotros, queridos militantes seglares, estáis llamados a ser heraldos de la Buena Noticia; a compartir con vuestros hermanos vuestro mejor tesoro, Jesucristo; a proclamar que vuestro encuentro con Él es lo más grande que os ha sucedido, porque en Él habéis hallado la luz, la vida, la esperanza y la alegría. Y el Papa Francisco, siendo cardenal, decía a sus catequistas, en el mes de marzo del 2000: los tiempos nos urgen. No tenemos derecho... a quedarnos encerrados en nuestra cosita...chiquitita. Tenemos que salir a contar que... hubo un hombre que quiso reeditar el paraíso... Se lo tenemos que decir a "doña Rosa", a la que vimos en el balcón;... a aquellos para los que todo es... música de tango, todo es cambalache. Se lo tenemos que decir a la señora gorda..., que cree que estirándose la piel va a ganar la vida eterna. Después de otras distintas reflexiones, añadía: no podemos quedarnos nosotros solos, no podemos quedarnos en la parroquia y el colegio. ¡Catequista, a la calle! A catequizar, a buscar, a golpear puertas. A golpear corazones.*

5. Aceptemos, por otra parte, esta invitación de Benedicto XVI: *pidamos a la Virgen María que obtenga también hoy a la Iglesia un renovado Pentecostés, que infunda en todos, y de manera especial entre los más jóvenes, la alegría de vivir y testimoniar el Evangelio.*